

CAPITULO VIII.

DESCONTEÑO DE LAS TROPAS.—INSURRECCION DE LA CAPITAL.—VUELTA DE CORTES.—RECIBIMIENTO HOSTIL QUE LE HACEN EN TODAS PARTES.—MATANZA QUE HACE ALVARADO.—LEVANTAMIENTO DE LOS AZTECAS.

(1520.)

LA tempestad que habia desatádose con tanta furia durante la noche, se disipó al salir el sol que aquel dia alumbró brillante y sereno el campo de batalla. Ya que era enteramente de dia, se vió claramente la desproporcion entré las dos fuerzas combatientes. Los de Narvaez no podian disimular su pesar, ni pudieron reprimir las murmuraciones al ver cuán superiores eran en número y recursos al puñado de sus vencedores, cuya cara estaba tostada por el sol y los vestidos raídos por el uso. Cortés tuvo tambien la satisfaccion de ver llegar al campamento los dos mil aliados de Chinantla, los cua-

les eran hombres atléticos y bien formados, que marchaban en cierto desórden ordenado, por hablar así; traian desplegadas sus bellas banderas de plumage y alzadas sus largas picas con las puntas de itzli ó de cobre que relumbraban á la luz del sol de la mañana, y parecia que guardaban cierta disciplina militar. Llegaban despues de buena hora, es cierto; pero á Cortés no pesó de dar á sus contrarios aquella nueva prueba de los recursos con que contaba; y como que no les necesitaba, despues de un afable acogimiento y de hacerles algunos regalos, les mandó á sus casas. ¹

Desde luego procuró con el mayor empeño disipar el descontento de las tropas. Les habló en el tono mas suave é insinuante, y no fué parco en las promesas; ² acompañando las obras á las palabras. Pocos soldados de Narvaez no habian perdido en la refriega su equipaje ó caballo, principalmente, esto último, pues los vencedores que estaban cansados de andar á pié se habian dado prisa á hacerse de un medio de trasporte mas cómodo y mas decente. Pero el general ordenó que fuesen devueltos á sus dueños, alegando que pues que defendian la misma

¹ Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 6. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47. Bernal Diaz, cap. 23.

² Diaz que le oyó muchas veces, dice, hablando de la elocuencia de Cortés: "Comenzó su parlamento por tan lindo estilo y plática, tambien dichas ciertas otras palabras mas sabrosas y llenas de ofertas, que yo aquí no sabré escribir." Cap. 122.

causa, debían partírsele todo igualmente; ¹ y no contento con esto, repartió entre los de Narvaez algun oro y otros objetos valiosos que le habían regalado las tribus de allí cerca, ó que había sacado de los cofres de su rival mismo. ²

Esta conducta, aunque muy del gusto de los nuevos compañeros, no lo era del de los antiguos. "Nuestro general," decían, "ha despojado á sus amigos para favorecer á sus enemigos: le acompañamos á la hora del peligro y recibimos golpes y estocadas, y reparte el botín á nuestros enemigos!" La indignada soldadesca comisionó al padre Olmedo y á Alonso de Avila, para que hiciesen presente á Cortés estas quejas. Los comisionados le hablaron sin miramiento, comparando la conducta de Cortés en aquella ocasion á la ingratitud de Alejandro, quien despues de una victoria acostumbraba hacer mas regalos á los vencidos que á los que le habían ayudado á alcanzarla. Cortés se vió en durísimo aprieto: su suerte era, ya estuviera victorioso ó derrotado, andar un camino sembrado de espinas.

1 Al capitan Diaz tocaron por despojos de aquellos filisteos un excelente caballo con todos sus arneses, un puño de espada, tres puñales y un escudo; magníficos atavíos para una campaña; ya se verá que la órden del general no ha de haber sido muy del gusto del soldado. Ibid. 124.

2 Narvaez se quejaba de que Cortés le había hecho un robo que valía ¡100,000 castellanos de oro! (Demanda de Cevallos en nombre de Narvaez, MS.) Si en efecto fué así, con lo que robó al general tenia para ser liberal con los soldados.

Para calmar la irritacion de sus soldados, procuró justificar la necesidad de aquella medida. "Nuestros enemigos son tan formidables por su gran número, que aun ahora, mejor se puede decir que estamos en su poder que no ellos en el nuestro: nuestra seguridad depende de hacerles no solo nuestros aliados, sino nuestros amigos. Si les damos cualquiera motivo de disgusto, tendremos que combatirlos otra vez, y si acaso se unen, será con mayores desventajas que antes. He cuidado de vuestros intereses como de los míos propios: cuanto tengo os pertenece; pero ¿por qué tener descontento por este motivo cuando todo el país está á nuestra disposicion? ¿El aumento de nuestra fuerza no debe darnos seguridad de afianzarnos en su posesion?"

Pero Cortés no fiaba la conservacion de la tranquilidad á los argumentos únicamente; conoció que era necesario combinarles con las obras. Lo primero de que trató fué de dividir sus fuerzas y de mandarlas á lugares distantes, conociendo que lo mas importante era tenerlas activamente ocupadas. Envió un destacamento de doscientos hombres á las órdenes de Diego de Ordaz, á fundar la proyectada colonia de Guatzacoalco. Otro de igual número, mandado por Velazquez de Leon, á pacificar la provincia del Pánuco, que estaba algunos grados mas hácia el Norte, bañada por el golfo mexicano. En

cada uno de estos destacamentos habia veinte de los antiguos soldados.

A Veracruz mandó otros doscientos con orden de sacar á tierra el velámen, clavazon y demás útiles portátiles de las naves de Narvaez, hasta dejarlas enteramente desmanteladas. Nombró á un tal Caballero superintendente de marina y le previno que si en lo sucesivo entraban otros buques en el puerto os desmantelase igualmente y aprehendiese á la tripulacion.¹

Pero cuando mas ocupado estaba en sus planes de nuevos descubrimientos y conquistas, recibió de México noticias tan alarmantes que le obligaron á concentrar en este punto todos sus pensamientos y todas sus fuerzas. La ciudad se habia sublevado. Al punto que se habia decidido la contienda con su rival habia despachado Cortés un correo que lo participase á Alvarado, cuyo correo en menos de quince dias estaba de vuelta con la respuesta de éste, quien informaba á Cortés de que los mexicanos se habian levantado y atacado los cuarteles de los es-

¹ Demanda de Cevallos en nombre de Narvaez, MS. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 124. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47. Rel. Seg. en Lorenzana, págs. 130. Camargo, Hist. en Tlaxcala, MS.

La visita de Narvaez dejó tristes huellas que harán que los indios no le olviden en mucho tiempo. Un negro que venia con él trajo la viruela, cuya enfermedad se propagó rápidamente por aquellas regiones é hizo gran número de víctimas entre la poblacion indígena. Herrera, Hist. General, dec. 2. lib. 10, cap. 6.

pañoles, habiendo incendiado los bergantines que se habian mando hacer para tener espedita la retirada aun en el caso de que los puentes de las calzadas fuesen destruidos: habian intentado forzar las entradas de los cuarteles y en parte los habian destruido; finalmente, habian agobiado á la guarnicion con una lluvia de armas arrojadas que habian matado á varios y herido á muchos. La carta acababa con suplicar al general que acudiese al punto, si queria salvarles á ellos y no perder la capital.

Aquel golpe fué terrible para el general, y mas terrible por las circunstancias en que lo recibió; precisamente en la hora de la victoria, cuando creía tener á sus plantas á todos sus enemigos. No cabia lugar á la duda: perder su dominio sobre la capital, la ciudad mas importante y la cabeza de todo el imperio, era perder el dominio sobre éste.¹ Hizo conocer francamente el aprieto en que estaba á todos sus soldados y los escitó para que acudiesen en ayuda de sus compatriotas. Todos mostraron buena disposicion para hacerlo, y se dieron una priesa que no hubieran tenido, dice Bernal Diaz, si hubiesen podido preveer lo que les aguardaba.

Cortés hizo los preparativos para su urgentísimo

¹ "Se perdia la mejor y mas noble ciudad de todo lo nuevamente descubierto del mundo; y ella perdida, se perdia todo lo que estaba ganado, por ser la capital de todo, y á quien todos obedecian. Relac. Seg. en Lorenzana, pág. 131.

viage: dió á Ordaz y á Velazquez de Leon, órden de contramarchar y de reunirse en Tlaxcalan: llamó á las tropas de Veracruz dejando allí solamente cien hombres á las órdenes de un tal Rodrigo Rangre, no queriendo carecer en aquel aprieto de los importantes servicios de Sandoval. Dejó en Zempoalla á sus heridos é inútiles bajo la custodia de un pequeño destacamento, con órdenes de seguirle luego que pudiesen ponerse en marcha. Tomadas estas disposiciones salió de Zampoalla, cuyo cacique le abasteció de víveres y le acompañó algunas leguas: porque parece que el gefe totonaca tenia admirable docilidad para plegarse á la autoridad del fuerte.

Nada notable ocurrió durante la primera parte del camino: el ejército encontraba en todas partes un amistoso recibimiento que le proporcionaba lo necesario para satisfacer las necesidades de la vida. Un poco antes de llegar á Tlaxcalan pasaba el camino por un pais poco poblado, donde los españoles sufrieron grande escasez de alimento y mayormente de agua. Sus penalidades aumentaban considerablemente porque con el deseo de acelerar su marcha, caminaban en el medio dia con un sol que abrasaba sus cabezas. Algunos, agobiados por el cansancio se tiraban en la mitad del camino, sin aliento para moverse y casi indiferentes aun á lo que pudiera ser de su vida.

En tal aprieto mandó Cortés un pequeño desta-

camento de caballería á Tlaxcalan y se dirigió en seguida él mismo en persona á este punto donde encontró gran acopio de víveres que le tenían preparados los hospitalarios indios. Los envió al punto al ejército: hizo que recogiesen uno por uno todos los dispersos y que se les diese algun refrigerio, y despues de recuperadas las fuerzas y el aliento, verificó el ejército su entrada en la capital de la república.

Pocas noticias nuevas tuvieron allí cerca de los sucesos de México, que un rumor general atribuia á las maquinaciones secretas de Moteuczoma. Cortés fué cómodamente alojado en la casa de Maxicca, uno de los cuatro señores de la república. Le proporcionaron además dos mil indios á los que no faltaba valor tratándose de pelear con su antigua enemiga la raza azteca. ¹

Al pasar revista el general á su ejército despues de reunidos los dos capitanes, encontró que subia á cosa de mil infantes, cien ginetes y los aliados tlaxcaltecas. ² Entre los primeros habia cien archauce-

¹ Ibid. ubi supra. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, caps. 13, 14. Bernal Diaz, caps. 124, 125. Pedro Martir, de Orbe Novo, dec. 5, cap. 5. Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS.

² Gomara, Crónica, cap. 103. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 7.

Bernal Diaz hace subir la fuerza del ejército á 1300 peones y 90 ginetes. (Ibid., cap. 125.) Cortés la reduce á menos de la mitad. (Relac. Seg., ubi supra.) El número adoptado en el texto es el que resulta de los documentos oficiales en que consta cuál era la fuerza de cada uno de los dos ejércitos antes de juntarse.

ros y otros tantos ballesteros; estando los soldados pertenecientes á la expedicion de Narvaez perfectamente equipados; sin embargo de que eran inferiores á los antiguos veteranos de Cortés, en eso que vale mas que los arreos exteriores, en disciplina militar y en el conocimiento del modo de hacer aquella campaña.

Dejaron sus hospitalarios cuarteles y prosiguieron su marcha por un camino mas al Norte que el que antes habian tomado al internarse en el valle, por ser aquel menos largo: era el camino de Tetzcoco. Sin embargo, volvieron á verse precisados á subir las ásperas cordilleras de montañas, cuyos puntos mas elevados son los dos enormes volcanes por cuya base tuvieron que pasar antes. Las faldas de la sierra estaban cubiertas de bosques de encinos, cipreses, pinos y cedros; ¹ por entre cuyos claros se veian los encantados prados y valles que, dilatándose cuanto alcanzaba á descubrir la vista, estaban cubiertos de la mas esplendente vegetacion selvática. Desde la cumbre de las montañas se dominaba la anchurosa llanura que acababan de pasar y que se confundia con los verdes campos de Cholula. Al

1 "Las sierras altas de Tetzcoco á que le mostrasen desde la mas alta cumbre de aquellas montañas y sierras de Tetzcoco, que con las sierras de Tlallocan, altísimas y umbrosas, en las cuales he estado y visto y puedo decir que son bastantes para cubrir el un hemisferio y el otro, porque son los mayores puertos y mas altos de esta Nueva-España, de árboles y montes de grandísima altura, de cedros, cipreses y pinares." Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS.

poniente tenian el valle de México desde un punto de vista diferente, pero no menos bello que el de la otra vez: veian la superficie trémula de sus lagos, las vistosas ciudades que se alzaban del fondo de ellos, los bruñidos teocallis resplandecientes con la luz del sol, las cultivadas llanuras y umbrías colinas de pórvido, que, formando una prolongada perspectiva, iban á perderse en el horizonte. A sus plantas se estendia la ciudad de Tetzcoco, que, modestamente oculta entre sus bosques de cipreses, formaba contraste con su ambiciosa rival, la cual se alzaba del otro lado del lago, haciendo alarde y ostentacion de sus encantos, como si fuera la Señora del Valle.

Cuando descendieron á las llanuras, les hicieron un recibimiento muy diverso del que antes habian tenido: ya no salian grupos de rústicos á contemplarlos con curiosidad y asombro y á ofrecerles su sencilla y cordial hospitalidad: lo que necesitaba el ejército no le era rehusado, pero se le concedia con cierto aire de frialdad, que indicaba que aquella dádiva no era de buena voluntad. Este aire de reserva fué aun mas notable al entrar á los suburbios de la antigua capital de las acolhuas. Nadie salió á recibirlos y la poblacion parecia haber disminuido visiblemente; tanto así era el número de los que esta-

ban empleados en la guerra encendida en México. † Este frío acogimiento mortificaba á los antiguos veteranos de Cortés que tantas ponderaciones habian hecho á sus nuevos camaradas, sobre la favorable impresion que su sola presencia despertaba en los indios. Aun el cacique de la ciudad, que como ya se recordará, habia sido nombrado por el influjo de Cortés, estaba ausente. El general tuvo todo aquello por de muy mal agüero, y aun llegó á tener fundados temores de que hubiese sucedido alguna desgracia á la guarnicion que habia dejado en México. †

Sus dudas quedaron desvanecidas con la llegada de un correo que, burlando la vigilancia del enemigo, ó acaso con su connivencia, habia logrado llegar en una canoa y traia pliegos de Alvarado en que comunicaba á Cortés que, durante los últimos quince dias, habian cesado las hostilidades de los mexicanos, quienes se habian reducido únicamente á un sitio. Decia que la guarnicion habia padecido mucho, pero que estaba cierto de que el sitio quedaria roto y la tranquilidad restablecida luego que se acer-

1 El historiador da en parte la razon de esto: "En la misma ciudad de Tetzcoco habia algunos apasionados de los deudos y amigos de los que mataron Pedro Alvarado y los suyos en México." Ixtlilzochitl, Hist. Chich., MS., cap. 88.

2 "En todo el camino nunca me salió á recibir ninguna persona del dicho Moteuczoma, como antes lo solian hacer; y toda la tierra estaba alborotada y casi despoblada, de que concebí mala sospecha creyendo que los españoles que en la dicha ciudad habian quedado eran muertos." Relac. Seg., en Lorenzanr, pág. 132

case Cortés con los suyos. Moteuczoma envió tambien un mensajero avisando esto mismo y protestando no haber tenido participacion alguna en las últimas hostilidades que habian sido rotas no solo sin su consentimiento, sino contra sus órdenes expresas.

El general español, que ya habia dejado descansar á sus tropas el tiempo bastante, prosiguió su marcha costeando la márgen meridional del lago, la que conducia á la calzada por donde hizo su primera entrada en la capital. Verificóse esta segunda el dia de San Juan Bautista, 24 de Junio de 1520; pero ¡cuán diferente fué de la primera! † No habia tropeles de pasajeros en las orillas del camino, ni oscurecian el lago millares de canoas llenas de admirados espectadores. Una que otra piragua se veia cruzar por el lago allá á lo lejos, como si fuera espía vigilante encargado de perseguir sus movimientos y de avisar de ellos inmediatamente. Un silencio sepulcral envolvía tan horrible escena: aquella muda calma era mas elocuente que las estrepitosas aclamaciones de la multitud.

Cortés caminaba tristemente á la cabeza de sus

1 "Y como asomó á la vista de la ciudad de México, parecióle que estaba tan yerma y que no parecía persona por todos los caminos ni casas, ni plazas, ni nadie lo salió á recibir, ni de los suyos ni de sus enemigos; y fué esto señal de indignacion y enemistad por lo que habia pasado." Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 19.